Para honra y gloria de Dios



Mayo 31 *Oscar Alvarado tiene 17 años y vive en Cárdenas, Tabasco*

Oscar es un adolescente todavía, pero ya sabe lo que desea para su vida. Y lo sabe porque ha descubierto que Jesús es un gran Guía. Conoció a Jesús a los ocho años, cuando se llevaron a su mamá con urgencia al hospital, presa de una enfermedad que amenazaba su vida. Los médicos no dieron esperanza de que sobreviviera.

La sanidad milagrosa de mamá

María, una de las vecinas de la familia, es una cristiana adventista del séptimo día. Ella visitó el hospital y oró por la enferma en compañía de Oscar y su abuelita. Al escuchar su oración, quedó impresionado. María le habló a Jesús como si hubiera estado sentado con ellos en el cuarto.

—¿Me puedes enseñar a orar como tú lo hiciste? —preguntó el niño.

María le aseguró que Jesús estaría contento de escuchar su oración sincera.

Oscar y la abuelita oraron por su mamá. Después de siete días ella pudo regresar a casa. Los médicos quedaron admirados y sorprendidos por el rápido restablecimiento de la enferma. Pero Oscar sabía que Jesús, su nuevo Amigo, había realizado el milagro.

—Fue una respuesta a mi oración —asegura Oscar—. Cuando oramos por ella, sanó. Mi mamá es un testimonio viviente del poder de la oración, para la gloria de Dios.

María siempre había invitado a la familia de Oscar para que estudiaran la Biblia con ella, o que fueran a su iglesia. Pero la mamá se limitaba a agradecerle diciéndole que la familia tenía su propia religión. Sin embargo, después de la sanidad milagrosa que experimentó, aceptó gustosa la invitación de María a aprender más de Dios.

A Oscar le encantaba estudiar de Dios, y hacía muchas preguntas. Él solo razonó que Jesús no vería ciertos programas de televisión que él miraba, así que dejó de verlos. «A medida que aprendía a amar a Jesús, más deseaba ser como él,» explicó.

Asistir a la iglesia era un placer para Oscar. Le encantaban las historias bíblicas, la música y las predicaciones.

—Especialmente me gustaban los sermones del pastor, y también los de los ancianos —comenta Oscar—. Yo quería crecer como ellos y ser un predicador también.

Una oportunidad para predicar

La iglesia en México anima a los niños para que sean predicadores. Suelen promover certámenes de predicación infantil. Oscar se anotó en uno de ellos. Era el menor en la lista de los inscritos. Cuando le dijo a su madre que había firmado para participar en el certamen, ella se sintió muy preocupada, porque él siempre había sido muy tímido.

El anciano de la iglesia entregó a los niños una serie de sermones cortos para que los memorizaran, pero por alguna razón olvidó de entregarle uno a Oscar. Cuando éste observó que era el único que no había recibido un sermón, le rogó al pastor que le prestara el suyo. El pastor se sintió malísimo porque él no tenía un sermón escrito, y el anciano encargado había salido fuera de la ciudad. Oscar también se sintió mal. Quizás no podría tomar parte en el certamen esta vez.

Cuando la abuelita de Oscar observó su carita triste, le sugirió que escribieran su propio sermón:

—Es sencillo —comentó sonriendo—. Sólo tienes que contar lo que Jesús ha hecho por ti. —Y diciendo esto abrió *El camino a Cristo* y *El Deseado de todas las gentes*, y leyó acerca de la niñez de Jesús.

Oscar escuchó la lectura y le dijo a la abuelita lo que deseaba que escribiera. Ella lo hizo, ¡y en dos horas habían terminado un sermón! Tres días más tarde Oscar ya lo había memorizado, ¡y lo predicó en presencia de su abuelita, su mamá y hasta de su hermanito menor!

El día del certamen Oscar estaba radiante de emoción. Fue el último que predicó, de un total de catorce. Cuando le tocó el turno, predicó de todo corazón. Luego los jueces se reunieron para elegir a los ganadores. La madre de Oscar quería que estuviera preparado para aceptar una posible decepción. Pero Oscar le susurró:

—No tiene importancia si gano o no; estoy feliz de haber tenido la oportunidad de predicar del amor de Dios.

Pero Oscar fue el ganador. Su familia era la que había entrado a la iglesia más recientemente, y Oscar era el menor del grupo de niños predicadores, pero ganó el certamen.

—Después de esa experiencia —comenta Oscar— ¡nada me podía detener! Quería volver a predicar y seguir haciéndolo.

Un niño evangelista

Cuando tenía nueve años predicó toda una semana de reuniones evangelizadoras en otra iglesia. Nuevamente la abuelita le ayudó a escribir los sermones y supervisó sus prácticas de cada uno. «Oramos juntos pidiéndole a Dios que pusiera sus palabras en mi mente, para la gloria de su nombre —nos dice Oscar—. Y al final de la serie, 50 personas recibieron el bautismo. Fue el Espíritu de Dios, no mis sermones, lo que tocó el corazón de la gente. Le pedí a Dios que hablara a través de mis labios, y él lo hizo».

No es ninguna sorpresa saber que Oscar anhela llegar a ser un pastor. «Quiero traer almas a los pies de Jesús —nos asegura mientras acompaña a uno de los ancianos de la iglesia a dar estudios bíblicos a la vez que aprende a hacerlo—. Me fascina observar cómo trabaja Dios en el corazón de las personas. Y nunca olvidaré lo que está realizando en mi propia vida. Todo lo que hace valioso al obrero es la presencia de Jesús en él».

Nuestras ofrendas misioneras contribuyen a que alcancemos a la gente con el mensaje divino. Gracias por colaborar para que el mundo escuche la invitación de Dios.